

salían á preguntar en cada punto de sesteo ó de jornada, si no habíamos encontrado á los *tulices*, *jurtones*, *preunciados* ó *del gobierno*, que con todos estos nombres se designaba á los que hoy llamamos pura y simplemente ladrones.



CAPITULO V

Lo que era en aquellos tiempos un seminario

AL llegar á este punto se me ocurre preguntarme: ¿por qué nuestra pupilera, la dueña de aquella honrada casa de asistencia, consentía en que se le llamara y aun ella se llamaba, doña Mencía, nombre que trae á la memoria los gregüescos, los jubones y las ropas acuchilladas, y no la sopa de fideos hecha con agua, ni el puchero fermentado, ni el chocolate de la época posterciaria?

Imposible me es dar una explicación de tan intrincado misterio, que sólo por conjeturas puedo explicar atribuyéndolo á que la pecadora aquella se llamaba en el siglo Clemencia, y que por abreviatura ó cariño le trocaron el nombre en otro digno de dama de Calderón ó de Lope.

Era una jamona de muy buen ver, de lindos ojos

negros, de cabello abundante, que peinaba con cachirulos, de blancas y apretadas carnes y de alta estatura. Nos recibió no con cariño, sino con fiesta y agasajo, nos colmó de atenciones, y nos cedió, para que la habi-



DON RÓMULO PEÑA

táramos, la sala de la casa, aposento capacísimo con tres camitas de palo y tres sillas de tule por todo moblaje, amén de una imagen de Nuestra Señora de Zapopan, y otra del Cristo de la Misericordia, que honraban las paredes.

A más de nosotros vivían en la casa don Rómulo Peña, viejo de más de sesenta años, y el padre don Esteban Agredano, capellán de las monjas de Santa María de Gracia.

Todavía no olvido la sorpresa que tuve al conocer á don Rómulo. Se levantó por la mañana envuelto en una menguada chaquetilla blanca, y sin lavado ni arreglo ningunos, se sentó á la mesa á ingerir el chocolate diario. Tenía la piel tan surcada de arrugas, que parecía un grabado en madera, visto con lente de aumento; las

cejas crecidísimas y teñidas con un menjurge, que decían malas lenguas era pavesa de vela de sebo, y llevaba alrededor de la cara, á manera de barboquejo, barba á lo Lincoln, también teñida con el mismo tono mate del cabello peinado de préstamo forzoso.

Cuando se hubo desayunado se levantó de la mesa, y después de dos ó tres buches muy sonados cuya agua arrojó en un tiesto de albahaca, se metió los dedos á la boca y se quitó los restos de la comida.

Nos miró á través de unos anteojos redondos, nos dió los buenos días, y cuando supo quién éramos, nos habló en estos ó parecidos términos:

— Me huelgo que vengan ustedes á honrar esta casa y á ser compañeros nuestros, por varias razones. Sea de ellas la primera, el que nos presenta y comunica mi señora doña Mencía de Quiñones, persona que merece todos mis respetos. Sea la segunda, saber que vienen ustedes á nuestro famoso seminario, *alma mater* de los estudiosos, á perfeccionarse en las humanidades, con intento de convertirse en médicos ó abogados que sirvan á la sociedad, ó quizá en sacerdotes que sirvan al Altísimo. Sea la última, el conocimiento que tengo, desde mis verdes mocedades, de las personas del mayorazgo don Crescencio Torres Lares, mi señor y dueño, y del conocido é integérrimo depositario de la fe pública don Andrés Avelino Pérez de la Llana, progenitores respec-

tivamente de ustedes y amigos míos á quienes mucho aprecio.

Creímos primero que el maldito vejete se burlaba de nosotros, hablándonos en aquel lenguaje campanudo y tan distante del que gastan las gentes; pero no tardamos en convencernos de que aquella era una de las muchas singularidades de su persona.

El padre Esteban nada dijo, sino que se limitó á sonreírnos y á tendernos la mano.

El día diez y ocho de Octubre empezamos los trabajos escolares. Como los Torres nada sabían aún, tuvieron que empezar sus clases de mínimos aleccionados por mí, que diariamente les repetía la lección. Yo, que llevaba recomendaciones del padre Luna, empecé á estudiar Lógica bajo la dirección del padre don Felipe Esparza, que en ese año leía la clase.

Al principio vivíamos tristes, extrañando la tierra y nuestras familias; pero no tardamos en perder la murria que nos había acometido y en contemporizar con todos.

Debido á mis puños me evité la tunda de capotazos y el baño en la fuente principal, que eran de rigor para con los nuevos; pero no evitamos el que á todos nos pusieran motes: á mí, por fuerte y coloradote, me llamaban *la Ranchera*; á Pedro, el mayorazgo, que tenía una hermosísima cabellera rizada y unos ojos muy lindos, le

apodaron *el Venado*, y á Ramón, que era tímido y atento, *el Catrín*.

Todas las mañanas llegábamos á hora de *corrillos*; mis amigos se iban al lado de los *minimachos* y yo me dirigía con los *logiburros* á tomar la lección á los directores de *rota*, pues nada menos gozaba del título retumbante y netamente romano de *decurión de decuriones*.

Recuerdo con ternura aquel espectáculo pintoresco del estudio en *corrillos*. Los *capenses*, envueltos en sus *barra-ganes* ó en sus *esclavinas*, en sus capas los internos que más podían, y en nuestras menguadas *turcas* los que podíamos poco; los dichos agudos; los epigramas en latín macarrónico; la alegría y el buen humor constantes nos entreteñían y alegraban hasta hacernos olvidar la pobreza, los cuidados de familia ó las obscuridades del Jaquier.

A poco tiempo de ingresar al colegio me tocó argumentar públicamente en una sabatina. No sé si tenía que probar que Dios puede saber más de lo que sabe ó que la imposibilidad de ser engendrado es una propiedad constitutiva de la primera persona de la Trinidad; ello es que mi contrario, que discurría menos mal que yo, á pesar de mis *ergos*, *negos*, *deme el vicio*, *distingos* y *secundum quid*, me acorraló de manera de no dejarme meter baza. Entonces, cogiendo mi capa y expresándome en un latín que habría hecho caerse de espaldas á cualquiera que no hubiera sido un seminarista ignorante, la arrojé en medio

del aula gritando á voz en cuello que no la levantaría hasta que el contrario *me concluyera* demostrándome que la autoridad de Santo Tomás y San Anselmo, de quienes había leído en mi texto unas cuantas palabras que no sabía de cierto si serían suyas, eran nulas y de nada valían.

El expediente produjo su efecto, pues el argüente no tuvo más remedio que retroceder para no recibir en pleno rostro el *ergo hereticus es*, que le preparaba.

Así pasó el año, hasta que, llegada la época de los exámenes, sufrí el mío en la habitación de mi maestro, quedando listo para marcharme á mi pueblo cuando quisiera. Algo tuve que esperar á causa de que los Torres no pasaban aún sus pruebas; pero cuando las hubieron pasado previo el escrupuloso estudio que les hice de la *Selectæ* y del *Nebrija*, pudimos ocupar los caballos que aquella vez nos habían enviado con avío.

Todos me esperaban con los brazos abiertos. Mi padre estaba embobado viéndome más alto que él mismo, con un asomo de bigotillo rubio y con todas las prendas de ropa tan poco adecuadas á mi tamaño, que fué menester mandarme hacer sin demora un trajecillo nuevo, pues los de mi padre no podían servirme ya. Además, la voz que había sido sonora y aflautada, amenazaba ya convertirse en el vozarrón que ahora poseo.

Como comprobante de mi conducta llevé á mi padrino

un certificado en que mi maestro atestiguaba mi ciencia y cristianidad; como regalos llevé á mi padre, mi tía y mis hermanas, pequeñeces que adquirí con los dinerillos que recibí de casa.

Excusado parece decir que éramos objeto de la atención general del pueblo. Nos llamaban los *colegiales* ó los *estudiantes*, y no faltaba vieja inocente que se extasiara ante nosotros, creyendo que ya podíamos decir misa y atar en la tierra lo que quisiéramos quedara atado en el cielo, ó que por lo menos estábamos ordenados de epístola.

El tiempo pasó en jiras campestres, baños en el río, visitas á amigos y parientes y lecturas de novelas. Pronto llegó Octubre y nos restituimos á la capital, donde ya empecé á quebrarme la cabeza por averiguar cuál era el móvil de las acciones humanas y cuál el fundamento de la religión verdadera, en la clase de moral, mientras mis amigos traducían el eterno *si pictor...*, un pintor...

Aquel año fuí más afortunado, pues obtuve al fin de él el acto público de la clase y el grado de *primer regente*, en vez del de *rector* que había sacado en el inmediato.

El otro, conservando mis honores y mis preeminencias, concluí *el curso de artes*. Recuerdo todavía el pañuelo de seda bordado en que se imprimieron las conclusiones que eran de rigor y que empezaba: «*Virginem Mariam Guadalupensis et Divum Thomam, angellus scholarum...*» Y allí se decían los puntos que sostendría, á saber: que los cometas

se forman de las exhalaciones de cuerpos muertos y del sudor humano, y que anuncian los acontecimientos que van á realizarse, y que la razón suficiente de la aurora boreal se toma de las exhalaciones de nitro, las de azufre, las mezcladas de betún y algunas otras lindezas.

En seguida me preparé á tomar el grado de bachiller. Mi padre, valiéndose de no sé qué medios, me envió los necesarios para dar la *gala* á los señores catedráticos. Un profesor, tomando pie de mi apodo, me dió un buen bromazo, é hizo reir grandemente á la concurrencia, que por unanimidad declaró no haber oído muchos años hacía, un *vejamen* tan gracioso y salado. Al fin, un doctor viejecito, cuya cabeza casi se perdía entre la borla y el cuello, me declaró competente para subir á la cátedra é interpretar á Aristóteles, y bachiller corriente y moliente.



CAPÍTULO VI

La metamorfosis de Trini, el pronunciamiento de Blancarte
y mi viaje á la hacienda

Si escribiera una novela, quizás encontraría modo de evitar la relación de lo que va á leerse, y daría como causa de los trastornos que me acontecieron la enemiga de algún poderoso, que envidiando mis altas y soberanas prendas, había determinado causarme daño; el celo que tenía que producir en el gobierno ó en el clero, la noticia de que apuntaba un astro que podía con sus fulgores obscurecer los astros que estaban revolucionando, ó cualquiera de tantas patochadas como podían ocurrírseme. Nada de esto hubo, y quien lea esta verídica historia, se convencerá de que todo fué tan común y corriente como que salga el sol ó que llegue la noche.